

# LA ESTRELLA BALEAR.

*Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.*

*Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripción 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.*

## ECONOMIA POLÍTICA.

Dos economistas, célebres de Europa, los Señores Malthus, y Sismondi han suscitado una discusión interesantísima sobre uno de los puntos mas graves de que se ocupa la ciencia que profesan. Trátase de la balanza de los productos y de los consumos, y la opinion de aquellos dos escritores es que los progresos de las artes y de la industria propenden á multiplicar con tanto exceso los productos, que es de temer la imposibilidad de darles salida. Esta doctrina es enteramente opuesta á la de los Señores Ricardo, y Say, los cuales sostienen que los productos se compran unos á otros, y que su multiplicacion no hace mas que aumentar las comodidades y los gozes del hombre, y la poblacion de los Estados. Se han publicado escritos muy luminosos en apoyo de una y otra opinion. Nosotros vamos á estracar el que acaba de dar á luz el Sr. Say, en respuesta á los argumentos del Sr. Sismondi.

«Si se consideran las sociedades humanas en su origen, se presentan á nuestra imaginacion como otros tantos hormigueros, cuyos individuos se agitan en todos sentidos, para proporcionarse los objetos de sus necesidades y deseos. Mientras mas se mueven, mas se estiende el círculo de sus investigaciones, y mas facilmente hallan lo que solicitan. En estos hormigueros humanos, cada individuo trabaja en una clase de objetos, á que la Economía ha dado el nombre de *productos*, y para adquirir los que el mismo no hace, y de que necesita, los cambia con los productos de otros individuos que necesitan los suyos.

«Infiérese de aquí que un individuo produce mas de lo que el mismo necesita, y esto ciertamente tiene sus inconvenientes, porque si en una sociedad compuesta de diez familias, cinco se dedican á hacer pucheros, y cinco á hacer zapatos, resultarían mas pucheros, y mas zapatos que los que la sociedad entera puede consumir; pero claro está que el inconveniente en semejante caso no estriba en la cantidad, sino en la naturaleza de los productos. Si esta sociedad no es feliz, no es porque produce demasiado, sino porque no produce lo que debe producir.

«Si se responde á esto que cada sociedad humana, por medio de la inteligencia del hombre, y del partido que sabe sacar de los recursos que le da la naturaleza, puede producir de todas las cosas que le son necesarias, y agradables, una cantidad superior á sus consumos, séame lícito preguntar porque razon no hay una sola nacion en la tierra que esté suficientemente abastecida, puesto que en las mas prósperas, y florecientes, las siete octavas partes de la poblacion, carecen de una multitud de productos que se miran generalmente como necesarios. Examinése la villa ó la ciudad que ofrece todas las señales del bienestar, de la actividad, y de la industria, y se verá que la gran mayoría de los habitantes se alimentan poco, y mal, tienen pocos, y malos muebles, y sufren otras privaciones no menos dolorosas.

«Una casa es un producto. Si el labrador no tiene en la suya mas que la mitad de habitaciones que necesita, si hay goteras en el techo, si las ventanas no cierran bien, el que la ocupa experimenta la falta de nuevos productos que harian su existencia mas agradable, si pudiera proporcionárselos. Luego no son los consumidores los que faltan, sino los medios de adquirir. Nuestros contrarios dicen que estos medios serian mas abundantes si no lo fueran tanto los productos, porque estos, en semejante caso, subirian de precio, y darian mayores jornales á los trabajadores. El mismo objeto se conseguiria, segun ellos, si hubiera mayor número de ricos ociosos. Nosotros decimos al contrario que mientras mas activa es la produccion, mas se propagan los medios, y por consiguiente con mayor facilidad se adquieren los productos. Entremos en un ecsámen razonado de esta opinion.

«En la industria, toda mejora relativa á la produccion consiste en disminuir los gastos, sin disminuir la cantidad del género. Si de un dia de trabajo de un jornalero saco yo mas ventaja que mi vecino, porque he perfeccionado la herramienta de que se sirve; si mi campo me da doble cosecha que los otros, porque he suprimido los barbechos; si mi fábrica trabaja mayor número de piezas de tela que antes, de resultas de emplear la máquina de vapor, este aumento de productos me convida á venderlos mas baratos. Dicen que los jornaleros padecen de resultas de estas mejoras; padecen en el momento crítico de la transicion de un método á otro; pero despues ganan en realidad, y la prueba es que las industrias que menos operarios necesitan, son las que mas salarios pagan. Antes del descubrimiento de la imprenta, no habia seguramente tantos operarios empleados en multiplicar las copias de un libro, como despues de haberse hallado el modo de hacer esta multiplicacion pronto, y á poco precio. Lo mismo sucede en Inglaterra con el hilado, y tejido de algodón.

«¿Cómo se explica este fenómeno? De un modo muy fácil. La baratura ha favorecido la venta. El aumento de la venta, ecsige el aumento de productos y de manos. Antes de inventarse la imprenta, poquísimos eran los que leían, porque los libros eran caros. Ahora lee todo el mundo, porque los libros son baratos. La demanda de libros ha crecido; ha debido pues crecer en igual proporcion el empleo de hombres que se ocupan en producirlos. Estos hombres ganan, y compran todos los productos que les son necesarios. Si estos renglones son baratos, porque se fabrican á poca costa, comprarán mayor cantidad de ellos, que si son caros. Así es como circulan los efectos del trabajo, y así es como se realiza el axioma de que los productos se compran unos á otros. Del sistema contrario resultaria un aumento de precios; en seguida la disminucion de la demanda; por consiguiente las privaciones, la parálisis del tráfico, la muerte social.

«Lo que mas temen los economistas que se declaran enemigos de la perfeccion de los medios de producir, es que

los productos se amontonan, por falta de salida, porque de ello ha de resultar necesariamente la ruina de la manufactura, y la miseria de todos los que en ella se empleaban. Este mal solo puede provenir de la falta de cálculo, y tino en el productor, ó de la falta de equilibrio en el repartimiento de la industria. Si el productor solo crea aquellos renglones convenientes á sus consumidores, y si estos adquirirán por medio de otras producciones las que les hacen falta, no haya miedo que sobrevenga tamaña calamidad.»

A estas reflexiones pudieramos añadir las observaciones á que da lugar el estado presente de la industria inglesa. En este país, que es la piedra de toque de las doctrinas económicas, la prosperidad general crece, á medida que se simplifican y abaratan los medios de producir. Las mugeres de las clases pobres van vestidas como en España las de los hombres acomodados. Los simples menestrales suelen tener bellos muebles de caoba, alfombras, cuadros, y relojes de sobre mesa. ¿Podrían adquirir estos objetos si fuera dispendiosa y larga su construcción? Por un peso duro se compran ocho yardas de escelente tela de algodón para muebles. ¿Podría forrar su sofa el zapatero si tubiera que pagar un duro por cada yarda?

Los efectos morales de la doctrina de los señores Ricardo, y Say, deben tambien entrar en la balanza, y la inclinan á su favor. Aun cuando no fuera mas sino porque la perfeccion de los medios de producir despierta la emulacion, aguza el ingenio, requiere el cultivo de las ciencias, y propaga de este modo la civilizacion general, esto solo bastaria para darle una suma importancia á los ojos del amante de la humanidad.

La cuestion muda enteramente de aspecto, cuando se trata de países en que la mano de obra escasea, porque escasea la poblacion. En este caso, todo lo que contribuye á ahorrar jornales produce señaladísimos beneficios. Supongamos dos ciudades florecientes, separadas por una larga distancia, y sin otros medios de comunicar entre sí que malisimos caminos de herradura, y un rio navegable, pero que por la rapidez de su corriente, es de difícil y larga navegacion. Cien personas viven de la conduccion por tierra, y ciento de la conduccion por agua entre estos dos puntos. Un capitalista establece un barco de vapor, é inmediatamente baja el precio de la conduccion. ¿Se quedarán sin trabajo los doscientos hombres que no pueden seguir conduciendo, porque no pueden conducir tan barato? De manera alguna. Su número crecerá, al contrario y quizas cada uno de ellos ganará mas que antes. La razon de esto es porque la baratura, ha aumentado el consumo que en este caso es la conduccion. Los barcos de vapor se aumentarán, darán mas actividad al tráfico entre aquellos dos pueblos; será necesario emplear nuevos brazos, pagar nuevos jornales; por ultimo, de la prosperidad general, resultado, inevitable del aumento de cambios, y comunicaciones, les tocará á ellos su parte, como á cada uno de los individuos del cuerpo social.

J. J. DE MORA.

## LOS ESPAÑOLES Y ROMANOS EN ITÁLICA.

«Habeis vencido á los ilergetes, ausetanos y sedetanos, os habeis apoderado de Iliturgo y Castulon, esos dos baluartes de los rebeldes; habeis asegurado á Roma la victoria, á España la paz; la república quiere que disfruteis ahora de la victoria y de la paz, y os concede permiso para que levanteis en esos campos que habeis conquistado, bajo este sol tan bello como el de vuestra patria, un municipio muestra del poder romano, que edifiqueis una ciudad que sea monumento de vuestras gloria y deseanso de vuestras fatigas.»

\* Soldados de la séptima legion, acordaos siempre de que sois un destello de la gloria y el poder de la república romana.»

Tales palabras dirigió Publio Cornelio Scipion, el mismo que años despues fue llamado el Africano por sus victorias en Africa, á los soldados de la séptima legion, doscientos años antes de la venida de Jesucristo al mundo. Acababa entonces de vencer y castigar severamente una de las infinitas rebeliones con que los españoles se resistian á sujetarse al poder de Roma, y concediendo aquel premio al valor de

sus soldados, aseguraba mas y mas la influencia de la república en aquel país, y una alianza cierta contra los rebeldes.

Tal era el objeto de su arenga, y en efecto á la voz del ilustre general surgieron de la tierra casas, templos, fortalezas, edificios públicos, de modo que aquellos campos que antes solo ostentaban la sencilla magnificencia de la naturaleza, se vieron adornados con cuanto el arte habia inventado, con cuanto la necesidad y el lujo exigian en una ciudad romana. Esta ciudad, situada en la Bética, á las inmediaciones de la celebre Hispalis (hoy Sevilla), se llamó Itálica.

La union de la mayor parte de los soldados romanos con doncellas de los pueblos inmediatos, juntamente con la agregacion de muchas familias españolas aumentó considerablemente la poblacion, pero las guerras anteriores habian sembrado la division entre naturales y extranjeros, y el amor que profesaban á la libertad los españoles y la consiguiente prevencion con que miraban á los soldados romanos, la mantenian aun largos años despues de la fundacion de la ciudad. Por esta razon unos y otros habian convenido para su seguridad en estar separados en distintos cuarteles y en ser mandados por diferentes gefes.

Era el de los romanos, sesenta y cinco años despues, Mummio Tiron, y el de los españoles Cunistorgis. Ambicioso el primero, y orgulloso con descender de los fundadores de la ciudad, no se avenia muy bien con el anciano gefe español que defendia á sus súbditos de las escursiones de los soldados romanos, y con prudencia esquivaba las órdenes que Mummio Tiron, fiado en la superioridad de su posicion y en la fortaleza inespugnable en que él residia osaba á veces dirigirle.

Un dia bajó el romano acompañado de un solo soldado al cuartel de los españoles, entró en casa de su gefe y se dirigió á este diciendo:

— Los Dioses te protejan Cunistorgis.

— ¿Qué motivo te conduce por aquí? preguntó el español algo asombrado.

— Vengo á proponerte la paz ó la guerra: á que el mando de Itálica recaiga en una sola persona.

— La paz puede conservarse sin que se haga ninguna alteracion; en cuanto á mí solo mando á los españoles porque estos lo quieren.

— Hay un medio mas seguro de conservarla.

— ¿Cuál es?

— Mi matrimonio con tu hija.

— ¡Con Luceya! exclamó Cunistorgis vivamente agitado.

— De este modo no habrá disidencias entre nosotros, é Itálica será feliz.

— ¿Y lo será mi hija?

— Debe serlo, contestó Mummio, cuyo orgullo hirió la pregunta del Español. Cualquier jóven española seria muy dichosa uniéndose al gefe de los romanos.

— Pero Luceya no tiene mas ambicion, replicó Cunistorgis, que vivir con su padre, ni su padre mas amor que el suyo. Su esposa y sus hijos ya murieron.

Y dos lágrimas se deslizaron por las arrugas de sus mejillas.

— Piénsalo bien, Cunistorgis, añadió el romano, dentro de poco el mismo soldado que me acompaña vendrá con un destacamento á conducirnos á mi palacio; en triunfo, si contestais como debeis; de otro modo muy diferente, si tú y tu hija teneis la insolencia de negaros á mi propuesta.

Y salió inmediatamente. Cunistorgis se asomó á una ventana y le vió dirigirse hácia su palacio, acompañado de un soldado jóven que sin duda le habia estado aguardando á la puerta: cuando le vió á alguna distancia llamó á su hija. Era esta una jóven de alta estatura, delicadas formas y hermosísimo semblante. Si un romano la hubiese encontrado paseando por los bordes de alguna fuente, la hubiera tomado por una ninfa ó náyade que salia por un momento de las aguas á hacer gala de su gentileza y á deslumbrar los hombres con su hermosura: el trage que usaba contribuía tambien á realzar su hermosura; una túnica de color oscuro formaba hermoso contraste con la blancura de los brazos y hombros que dejaba descubiertos, y un cinturon blanco recogia y sujetaba la túnica marcando al propio tiempo un talle y unas perfecciones dignas de la diosa Venus.

— Luceya, hija mia, le dijo su padre. Mummio Tiron acaba de salir y me ha hecho una proposicion á que tú sola debes contestar: quiere casarse contigo.

—¿Mummio Tiron?

—Sí. ¿Qué debo contestarle? Ha dejado escapar algunas amenazas sino accedías á sus deseos.

—Eso solo bastaría para que yo digese que no, pues las amenazas de un romano no producen ningun efecto en una española, y mas si es hija de un guerrero como vos; pero hay otras razones que me obligan á negarme.

—¿Cuáles son?

—Mi edad os las debiera hacer conocer, respondió la joven titubeando.

—¿Amas á otro?

—Sí, añadió la joven con el rubor propio de quien hace esta confesion á una persona que se teme no sepa apreciarla en lo que vale.

—¿Y quién es? preguntó Cunistorgis.

—Permitidme que no os lo diga, padre mio, y así podreis darle esta contestacion á Mummio Tiron, sin que haya peligro para nadie.

—Entonces, ¿qué recurso tenemos para evitar la cólera del romano cuando llegue á su noticia tu negativa? Alejarnos de Itálica ó promover una guerra entre españoles y romanos.

—Ni uno ni otro, contestó vivamente la joven, y quedó pensativa. Cunistorgis reflexionaba tambien y esperaba ver llegar de un momento á otro al enviado del romano.

Efectivamente, á poco rato se presentó el soldado que antes acombañaba al gobernador romano, seguido de otros muchos. Estos se detuvieron á la puerta y él entró en la casa: luego mirando alternativamente á Cunistorgis y á su hija, cuyas mejillas se colorearon á su vista, se dirigió al primero diciendo.

—Mummio Tiron desea saber cuál es vuestra contestacion.

—Decidle que nunca sacrificaré la felicidad de mi hija á sus deseos ni á sus amenazas.

—Tendré que cumplir en ese caso las órdenes tal vez severas que me ha dado.

Cunistorgis no contestó, pero cuando vió que el joven cogió unos cordeles que traía un soldado y se dirigió hácia él, su semblante se animó, enderezó su cuerpo agobiado bajo el peso de los años, y volvió á ser el guerrero que tantas veces habia peleado contra los romanos; luego bajó su cabeza y dijo:

—Te comprendo, romano. La humillacion que no sufriria impunemente un simple guerrero, la sufrirá el gefe de los españoles en Itálica. Y presentó él mismo las manos para que se las atara, lo que hizo el romano no sin dar muestras de compasion, luego dirigióse á Luceya y le presentó sonriéndose el otro cabo del cordel. La joven prorrumpió en llanto, que la indignacion y tal vez alguna cosa mas procuraba sofocar: algunas palabras del soldado romano dichas en voz baja, bastaron á aliviar su dolor que únicamente aparecia en el semblante de la joven cuando sus miradas pasaban del romano á Cunistorgis: éste al ver que su hija iba á participar tambien de su humillacion, dijo al romano:

—Un solo grito que diese yo ahora haria acudir á mis valientes españoles, y una señal mia seria bastante para haceros perecer á todos, pero la felicidad de mi pueblo debe anteponerse á la deshonra de este anciano y á la desgracia de su hija: marchemos.

Y salió de la casa seguido de Luceya: el romano tenia cogido el cordel con que iban atados, y los soldados que habian quedado á la puerta les siguieron.

Los españoles que desde sus casas veian el insulto que se les hacia en la persona de su gefe, salian inmediatamente y seguian á los romanos, no sin dar muestras de su indignacion.

Por fin llegaron á la morada de Mummio Tiron. Vivía éste en un magnífico palacio, cuya construccion y posicion eran tales que al propio tiempo que servía de residencia para los gobernadores romanos, era la ciudadela con que estos se aseguraban de una rebelion de los españoles y podian subyugarlos.

Los mismos soldados salian á la puerta maravillados de que su gefe se atreviese á ultrajar de tal modo la virtud y la inocencia.

Mummio Tiron les recibió en el primer recinto y cólerico é indignado se dirigió á Cunistorgis diciéndole:

—El modo como te veo conducido aquí, no me deja dudar el caso que has hecho de mis deseos. La muerte va á castigar tu insolencia, y con tu hija ya pensaré cómo debo conducirme.

—Vosotros egecutad la sentencia, añadió dirigiéndose á un grupo de soldados que estaban á la puerta y habian oido sus palabras.

Luceya se acercó llorando á su padre y se puso delante de él como para defenderle, pero ya los soldados se acercaban y veia el momento en que ni esfuerzos podria hacer para defenderle, cuando de repente, como si le hubiese ocurrido una idea de salvacion, dirigió una mirada de súplica al joven soldado que la habia conducido á aquel lugar, se acercó al gobernador y le dijo:

—Mummio Tiron has abusado de la autoridad que la república te concedió, tu ambicion ha estado á pique de encender la guerra entre dos pueblos; tus abusos y tu ambicion van á ser castigados.

—Y ¿quién eres tú, exclamó el romano para pronunciar estas palabras?

—Claudio Marcelo, hijo del cónsul Claudio Marcelo, respondió el que todos creian un simple soldado: luego sacando de entre los pliegues de la túnica un pergamino, añadió:

—Toma, y lee.

Las miradas de Luceya y las de Cunistorgis estaban clavadas en él; solo que las del anciano espresaban la sorpresa, y las de su hija la satisfaccion que siente al oír una cosa que se esperaba.

El semblante de Mummio Tiron tambien varió mucho cuando hubo leído el pergamino que le habia entregado Claudio Marcelo; éste se lo tomó y lo leyó en voz alta, era una orden del cónsul por la que comisionaba á su hijo para que depusiese al gobernador de Itálica si su conducta lo mereciese, y para que en tal caso se encargase del mando con el gefe de los españoles Cunistorgis,

—Si me he vestido como un simple soldado, continuó, ha sido con el objeto de averiguar mejor tu conducta: ahora que he visto pruebas tan patentes de tu injusticia no la cometeré yo si pongo en cumplimiento las órdenes de mi padre.

Mummio Tiron desesperado y abatido por tener que obedecer á esta orden salió del palacio.

Ya habian desatado los soldados los lazos que impedian á padre é hija que se arrojasen uno en brazos de otro y lo habian hecho así en la efusion de su alegría.

—Ahora, dijo Claudio Marcelo acercándose á ellos, el padre de Luceya qué contestacion dará al nuevo gefe romano si le hace la misma demanda que el antiguo.

Cunistorgis miró á su hija; esta con el semblante coloreado graciosamente tenia los ojos bajos; el anciano la comprendió, y cogiendo su mano la unió con la de Marcelo.

En esto oyeron gran griteria fuera del palacio. Cunistorgis conoció bien pronto cuál era la causa, y dijo:

—Mis fieles españoles no han podido sufrir el insulto que se ha hecho á su gefe, y estaran reunidos amenazando tal vez á los romanos.

Efectivamente ya iban reuniéndose armados de improviso los mas, cuando Mummio Tiron salió del palacio, y todos se precipitaron sobre él amenazándole; pero Cunistorgis salió oportunamente llevando con la una mano á su hija, y con la otra Claudio Marcelo: los españoles dejaron al orgulloso romano, y se dirigieron hácia ellos dando muestras de alegría.

—He aquí el que nos ha salvado, el hijo del cónsul Marcelo, he aquí su esposa, dijo Cunistorgis.

Las aclamaciones de la multitud aprobaron aquel enlace, y la paz y la felicidad reinaron por largo tiempo en Itálica.

## Historia natural.

### El incienso.

El incienso es una sustancia resinosa, que se quema comunmente en las iglesias para purificar el aire y honrar á la divinidad. Su olor no se parece á ninguno otro: es aromático, penetrante y suave: inspira ó recuerda ideas religiosas.

Los botánicos han ignorado por espacio de mucho tiempo cuál es el árbol de donde emana esta preciosa resina. Lineo aseguró sin pruebas, que el que la daba era el ene-

## AL DAR LA VELA PARA CAMPECHE

mi muy caro amigo

**D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.**

bro de Licia; pero Roxburg ha averiguado de un modo positivo, que el que suministra el verdadero incienso al comercio es la *brossicalia dentada*, árbol de la India.

Resulta de las noticias que tomó Bruce en su viaje á Abisinia, que el incienso se produce en el reino de Adel, en las costas del estrecho de Bab-el-Mandeb; de aquí se lleva á Moka, donde lo compran los árabes y los ingleses de la India, quienes lo envían luego á Europa, ya por el Egipto y la Turquía, ya por el Cabo de Buena Esperanza,

El incienso es una sustancia seca, compacta y quebradiza, de un color pálido ó blancuzco, apenas semitransparente, harinosa por fuera, brillante por dentro, de un sabor medianamente acre y amargo. Al instante que se echa en la lumbre, arde; escala un vapor oloroso, y alza una viva llama, que es difícil apagar. El verdadero incienso es raro: varias resinas perfumadas que emanan de diferentes especies de pinos se venden bajo este nombre.

El uso de los perfumes, y sobre todo del incienso, es antiquísimo en los países del Oriente: el de los países de Sabá es el que mas estiman los judíos. Presentar el incienso era un cargo propio de los sacerdotes israelitas, quienes todos los días por mañana y tarde entraban en el santuario á quemar perfumes. El día de la expiación solemne cogían una cucharada de incienso, y la echaban á la lumbre en el momento en que entraban en el santuario, á fin de que la nube que se exalaba del incensario les impidiese considerar el arca con demasiada curiosidad. Dios los amenaza de muerte si desatienden esta ceremonia. Los simples levitas no quedan tocar el incensario: Coré, Datan y Abiron recibieron un terrible castigo por haber querido arrogarse este honor.

Muchas veces se habla del incienso en las Santas Escrituras. La reina de Sabá envió incienso á Salomon con ricos presentes: Isaias predicó que los extranjeros irían á tributar sus homenajes á Dios en su templo, y llevarían á él oro é incienso: los Magos se le ofrecen á Jesus niño, como una señal de respeto.

Como queda dicho al principio de este artículo, el incienso es para los fieles un perfume y un símbolo. Si solo se quisiese quemando incienso purificar las iglesias, se pondría este perfume en braseros, sin ninguna ceremonia; pero no es así: el celebrante es el que incienso el altar y los dones sagrados, y el que pronuncia oraciones relativas á la acción que ejecuta. Estas oraciones atestiguan además que el incienso es no solo un homenaje tributado á Dios, mas tambien una imágen de la pureza de nuestros deseos y del buen olor que debe escalar nuestra conducta: tal es la idea que han tenido todos los Padres y todos los autores que de ellas han hablado. ¿Y cuál es el Cristiano que no se ha imaginado en momentos de fervor que sus plegarias subían al trono del Eterno con las aromáticas nubes del incienso?

Como la incensación es un señal de honor, en varios países se incensaba antiguamente, y se incienso todavía á los reyes y á los grandes. Pero la vanidad de los hombres se mezcla desgraciadamente en todo, y esta incensación se ha convertido muchas veces en un derecho honorífico, en una pretension feudal, y en un origen de desavenencias entre la autoridad civil y la eclesiástica; pero este abuso nada prueba contra el uso del incienso.

Los incensarios de los antiguos hebreos eran muy diferente de los nuestros. No estaban pendientes de gruesas cadenas; eran unas especies de hornillos ó simplemente unas bandejas de oro.

Uno de los incensarios mas grandes y magníficos que existen acaso en toda la cristiandad es el de la catedral de Santiago, en Galicia, del que ha dicho con propiedad un poeta modernó.

Que de nave á nave vuela.

(El Domingo.)



¿Te vas? ¿te vas? ¡la furia, la inclemencia  
de los airados mares  
no te detiene? ¿porqué, dí, tu existencia  
fias á sus azares?

¿Qué buscas anhelante, sin reposo,  
cruzando tierra estraña,  
que no hallés en el suelo delicioso  
de nuestra dulce España?

¿Puede vivir feliz el estrangero  
sin patria abandonado,  
sin un amigo á quien amar sincero,  
sin ser de nadie amado?

¿Dónde hallarás, cuitado peregrino,  
quien palpíte de gozo  
al estrecharte en éstasis divino,  
henchido de alborozo.

¿Buscas tal vez el pasto de tu vida  
¡oh Poeta! la gloria?  
Mi patria, por tus obras aplaudida,  
ensalza tu memoria.

¿Qué buscas tras el piélago iracundo  
para saciar tus ojos?  
¿Qué encontrarás al recorrer el mundo  
mas que penas y abrojos?

Oh! detente, detente! ¿á dónde, insano  
te llevan tus delirios?  
Yo recorrí tambien el mundo vano,  
y hallé solo martirios.

Tal vez porque una lira osado pulsas,  
sin que vil la abastardes,  
sufrirás ¡ay! agravios y repulsas  
de necios y cobardes.

Vuelve, hermano! no cruces esas olas  
en pos del Occidente;  
busquemos nuestras playas españolas  
por el rosado Oriente.

Vuelve, vuelve, poeta melodioso!  
torna á Europa tu quilla,  
dónde verás al grande, al poderoso,  
que ante el *genio* se humilla

A Madrid volveremos, la orgullosa  
sultana de sultanas;  
tú abrazarás á tu risueña esposa,  
yo á mis caras hermanas.

Y allí cercado por amigos fieles,  
con lira dulce y tierna,  
ceñirás á tu frente mas laureles  
que te den fama eterna.

Oh! detente! los lares no abandones  
de tus triunfos testigos;  
no olvides por fugaces ilusiones,  
ingrato! á tus amigos.

Vuelve, hermano! no cruces esas olas  
en pos del Occidente;  
busquemos nuestras playas españolas  
por el rosado Oriente.

Mas ¡ay! huyó; mi voz el leve viento  
disipó vagabundo;  
ya divide las ondas macilento,  
triste, meditabundo.

¡Oh sílfides veloces, que de Eolo  
sois fieles mensageras!  
no dejéis solitario al nuevo Apolo  
por tierras estrangeras.

Acompañad con áuras vagarosas  
su nave sacrosanta,  
y velad sus ensueños, amorosas,  
porque él tambien con su laúd os canta.

Habana 19 Marzo 1845.

José María de Salas y Guiroga.

Imprenta de P. J. UMBERT.